

En vano insistió M. Levrault por saber la palabra del enigma; Timoleon se envolvió en un velo impenetrable y se mostró sordo á todas las preguntas.

Acababan de dar las dos de la mañana. Convencido M. Levrault, aunque un poco tarde, de los verdaderos principios de Timoleon respecto á la herencia, y pesaroso de haber abierto con tanta imprudencia los brazos á su hijo, conocia que no le era fácil ni lícito rehusar á este cien mil escudos despues de haber dado cuatro millones de dote á su hermana.

En este supuesto prometió, pues, contribuir á la fundacion de la *Verdad Social*.

Padre é hijo se separaron en seguida para ir á acostarse; M. Levrault, pensando en los medios de salvar su bolsa, y Timoleon resuelto, desde que sabia que era heredero, á despedir lo más pronto posible á sus camaradas, los cuales andaban á la husma de las talegas de su padre.

XVII

La casa de Levrault hallábase convertida en un verdadero infierno. Timoleon habia formado empeño de entrar inmediatamente en el goce de todas las ventajas anejas á su nueva clase. Mientras que llegaba el caso de entregarle la suma pedida para la fundacion de la *Verdad Social*, habia aceptado unos cuantos puñados de oro y arrinconado su blusa. Trasformándose en un abrir y cerrar de ojos de pies á cabeza, hablaba á los criados con voz dura y altanera, contradecia abiertamente á la marquesa y á Gaston, burlábase de su padre, y reconvenia sin cesar á su hermana por la alianza desventajosa que habia contraido. Habia despedido, además, á sus camaradas, y ya no hablaba de

su apostolado. La marquesa, por su parte, había formado más de veinte veces el proyecto de regresar al castillo de Rochelandier; aplazólo, empero, otras tantas, porque no se sentía con fuerzas suficientes para renunciar á aquella vida opulenta, y además desconfiaba de Timoleon, y quería, por ende, quedarse á cuidar el grano; luego, como la República, cuyo nombre le había espantado en un principio, se mostraba tan clemente para con los vencidos, empezó á levantar la cabeza y á tomar parte en todas las intrigas que se agitaban en las tinieblas. Gaston se preguntaba con ansiedad qué papel escogería en aquellas circunstancias, y se había decidido á esperar. Laura, que había pasado toda su vida abrigando un solo pensamiento, lloraba amargamente la irreparable ruina de sus esperanzas, como si la córte, al separarse de las Tullerías, se hubiese llevado en pos de sí la gracia, la belleza y la juventud.

Timoleon, entre tanto, reclamaba con instancia los cien mil escudos que le había prometido su padre, el cual quería conocer á fondo, antes de abrir la bolsa, los pensamientos íntimos de Timoleon. Cierta día que su hijo volvió á la carga, díjole el ex-mercader:

—Ya estoy dispuesto á cumplir mi palabra; pero antes de aflojar mis escudos, desearía saber lo que es la verdad social.

—Repito á V., padre mio, que no podría ménos de asustarse de la inmensidad de ella. Luego, hay una distancia tan enorme de las preocupaciones groseras en que V. ha envejecido al pensamiento sublime que yo tengo que revelarle, que si tal hiciese, temería por su razón.

—¡No le hace! Aun cuando me muriera de sobresalto, aun cuando mi razón se extravié, prefiero satisfacer mi curiosidad. Quiero á todo trance conocer la verdad social.

—¿Con que es decir, preguntó Timoleon, que se empeña V. en mirar al sol cara á cara?

—Sí, respondió M. Levrault, estoy resuelto á ello.

—Perfectamente. ¿Supongo que no habrá V. olvidado lo que le tengo dicho de la propiedad, de la herencia y de la familia? Pues bien, la abolición de estas tres monstruosidades nos conduciría directamente al descubrimiento de una verdad mucho más elevada. Mi sistema político se resume en dos palabras. En los largos ratos de descanso que he debido al trabajo servil de mis hermanos he procurado estudiar á los filósofos. Ya sabe V. que Hobbes está por la tiranía: su opinión, de consiguiente, ni aun merece ser refutada. Enfatuado Montezquiere con las ideas inglesas, se pronuncia por el gobierno representativo, ó sea por una máquina usada que acaba de hacerse pedazos á nuestros pro-

pios ojos. ¿Ha leído V. el tratado de Ciceron sobre la República?

—Jamás, repuso M. Levrault.

—Peor para V., replicó Timoleon. Si V. lo hubiera leído como yo, sabría cuántos absurdos se encierran en las entrañas de la República. La fórmula de Hobbes, esto es, la tiranía, no es pura y simplemente otra cosa que un crimen de lesa humanidad. La República, á pesar de todos los argumentos aducidos por Ciceron, es estéril para la fraternidad. Y en cuanto al gobierno representativo, tan pomposamente ponderado por Montesquieu, es un sistema bastardo, digno cuando más de entretener á los inmortales de la academia; el tal sistema no es ni carne ni pescado. No quiero tampoco hablar á V. de Aristóteles, porque supongo que no habrá leído V. su política.

—Aquí no se trata de Aristóteles, sino de tu sistema.

—Aristóteles, que previó tantas cosas, ni soñó siquiera con la verdad social; por mi parte, hallándome como me hallo en posesion de la verdad social, solo compasion me inspira el tal filosofuelo.

—Dejemos á un lado á Aristóteles, dijo M. Levrault, cuya impaciencia iba creciendo de punto.

—La República de Platon, si bien es más generosa y más grande que la de Ciceron, está llena tambien, sin embargo, de miserias. Y eso que de-

bemos mucho respeto y consideraciones á aquel filósofo por cuanto suprimió la familia; quedóse, empero, á mitad de camino, y lo echó á perder. A mí era á quien Dios reservaba el descubrimiento de la verdad social.

—A tu sistema, á tu sistema.

—Moisés emitió en el Deuteronomio y en el Levítico algunas ideas justas en detalle; pero este legislador tan ponderado jamás concibió una idea general aplicable á la humanidad entera. En honor á la verdad algo debemos á Salomon por la elasticidad que dió al vínculo del matrimonio.

—Por los clavos de Cristo, exclamó Mr. Levrault; explícame, si quieres, la verdad social.

—¿Quiere V. que le hable de Saint Simon y de Fourier, de ese par de solemnes charlatanes? Pues voy á confundirlos en dos palabras.

—No, no, repuso Levrault; los doy por confundidos; lo único que te exijo es que me digas la verdad social.

—¿Sabe V. por qué estan destinados á caer los gobiernos todos, aun cuando el mismísimo Marco Aurelio regresase á la tierra?

—Confieso con harta vergüenza mia que no lo sé.

—¡Pues bien! repuso Timoleon con gravedad; todos los gobiernos han perecido porque eran gobiernos. Para evitar, pues, las desgracias sin fin que acarrea la caída de uno, sea el que fuere, he-

descubierto un método soberano. Yo suprimo el gobierno. Cuando mi fórmula llegue á enseñorearse en el mundo, tampoco será posible violar las leyes, porque también las suprimo. Héme propuesto, pues, fundar el reinado de la igualdad absoluta sobre las ruinas de todas las legislaciones. Con mi sistema no habrá ni grandes ni chicos, ni ricos ni pobres, porque todos tendrán una talla y los bienes se repartirán por igual, mediante á que pertenecerán á todo el mundo. De una plumada suprimiré todas las pasiones, desde la envidia hasta la ambición. ¡Figúrese V. qué mundo de delicias será el mio! ¡Es mucho cuento eso de que todos los hombres han de ser semejantes entre sí, hasta el punto que dude uno si el primer transeunte con quien se encuentre es un extraño, ó si es él mismo!

—Ya ardo en curiosidad de saber cómo vas á campaneártelas para realizar ese hermoso sueño.

—¡Pues no lo he de realizar! exclamó Timoleon.

—¡Conque es decir, preguntó M. Levrault, que el objeto de la verdad social es el hacer á todos los hombres parecidos!

—Justamente.

Y al ver Timoleon que su padre no había comprendido gran cosa de aquel galimatías, prosiguió de allí á poco:

—¡Bien decia yo que no entendería V. ni una palabra de la verdad social!

—Hablando con franqueza, respondió humildemente M. Levrault, no adivino cómo diablos vas á componerte para poner en obra tu sistema.

—Pues hasta aquí, me he limitado á exponerle á V. el fin de mi proyecto; réstame ahora revelarle los medios que pienso poner en práctica para alcanzarlo; antes empero de correr el velo del Santuario, debo exigir á V. un juramento solemne.

—¿Qué juramento? preguntó M. Levrault, creyéndose afiliado á alguna logia masónica.

—El de que á nadie revelará el secreto que voy á confiarle. Tenga V. en cuenta que va mi gloria en ello, y que si algun otro llegase á traslucir lo que voy á comunicarle, explotaría á su favor la gran verdad social. Júreme V., pues, guardar la discrecion mas severa é impenetrable.

—Tranquilízate; juro no revelarlo á nadie en el mundo.

—Pues ahora, padre mio, redoble V. la atencion: mi teorema es de un rigor matemático; pero si pierde V. de él una sola palabra, tendríamos que volver á empezar de nuevo.

—Soy todo oidos.

—Pues á ello y sígame V. como pueda. Cada cinco años se sortearán las profesiones. El derecho de entrar en suerte se adquirirá á los 25 años, en cuya edad el hombre vale para todo. Nadie podrá quejarse de su lote, puesto que la suerte trazará

los deberes de cada uno, y el siguiente sorteo ofrecerá la debida compensacion á los ciudadanos. Como es indispensable que tengan la misma talla, el mismo abdómen y los mismos mofletes, cada cinco años se pesarán los que han de entrar en suerte, á fin de imponer un trabajo ligero á los flacos y á los gordos una ocupacion que los desgaste. De esta manera se logrará corregir poco á poco la desigualdad de fuerzas y de abdómen. Unos alimentos para todos, una educacion uniforme y el ejercicio alternado de todas las profesiones, restablecerán entre todos la identidad de carácter y la igualdad absoluta de inteligencia. Prosigase, pues, animosamente la aplicacion de mi sistema, y antes de dos siglos no habrá ya en el mundo mas que un solo hombre y una sola mujer. ¡Tal será la semejanza del género humano!

M. Levrault creia estar soñando. A pesar de las dudas que aun le quedaban respecto á la verdad social, de muy buena gana hubiera dado á Timoleon los cien mil escudos á trueque de desembarazarse de él. Pero, ¿de dónde sacarlos? Este era precisamente el valor de su casa cuyas dos terceras partes no habia satisfecho aun. Los gastos de instalacion en la Trelade y en la calle de Varenne habian dado un buen empuje á su capital. La mayor parte de sus fondos los tenia impuestos en una casa de banca y en papel del Estado. Devorado por la

inquietud, iba y venia cien veces al dia á la Bolsa, regresando de ella cada vez mas consternado.

Sobre la casa de banca donde tenia impuestos sus fondos, empezaban á correr ya rumores siniestros. La renta habia bajado un cincuenta por ciento, y amenazaba bajar más todavía. Para no perderlo todo, M. Levrault vendió su papel. A la mañana siguiente volvieron á subir los fondos públicos, y fascinado el ex-fabricante, compró creyendo que iba á desquitarse y en la confianza de que la alza continuaria; pero bajaron otra vez, y encarnizándose M. Levrault en sus especulaciones tardó muy poco á encontrarse en el borde del abismo. Para colmo de desgracia, diariamente recibia noticias más alarmantes acerca de la casa de Elbeuf, donde habia colocado la dote de su hija. ¡Cuántas tribulaciones amenazaban á nuestro hombre, sin contar la de la cabeza de Carlo-Magno!

Cierto dia hallábase la marquesa en el salon principal, contemplando con ojos satisfechos el mueblaje y la riqueza que la rodeaba, y diciéndose á sí misma, halagada por aquella suntuosidad, que la República no seria más que un paréntesis, y que cuando volviera M. de Chambord, y se libertasen, merced á cualquier incidente imprevisto, del tunante de *Marche-Toujours*, aun le permitiría el caudal de Gascon hacer buena figura en la córte.

Timoleon, el marqués y Laura hallábanse alre-

dedor de la chimenea; los dos hermanos regañaban con viveza. El socialista había visto á su hermana aquel día por primera vez, y excitado Timoleon por la envidia que le causaba aquella habitación señorial, decía á Laura:

—Es muy extraño que se haga tanto de rogar mi padre para darme trescientos mil francos; y, sin embargo, hará mal en presumir que yo voy á contentarme con esa cantidad. He reflexionado sobre mi posición, y me parece que nada hay más justo que el que me entregue lo que me habría dado al llegar á la mayor edad: harto hago con perdonarle los gastos de mi educación.

—Pues qué, ¿no estás contento, le dijo Laura, con la vida que haces aquí? ¿Qué te falta? ¿Concibes por ventura algún deseo que no sea satisfecho al punto?

—¡Ay Dios mío! exclamó Timoleon, mis deseos no pueden ser más modestos: tú te has llevado un millón de francos de dote; pues bien, que me dé padre quinientos mil francos por ahora, y á su muerte partiremos por igual.

Al oír estas palabras, la marquesa aguzó el oído, y exclamó de allí á poco indignada:

—¡Quinientos mil francos para un apóstol! ¡Y esperanzas de heredarle por añadidura! No será mal loco M. Levrault si afloja la bolsa. Además de que, ¿quiere V. decirnos cómo prueba que es real-

mente su hijo? ¿Cree V. que la mancha de escarlata es una prueba bastante? Eso cualquiera la tiene: el último de los aventureros, si viene á mano.

—¿Qué está V. diciendo de aventureros? exclamó Timoleon amoratado de cólera: mi vida ha sido, en efecto, una vida de aventuras y de peligros; pero no tengo que echarme en cara lo más mínimo por lo pasado. Esta es mi casa, y cuando reclamo una cantidad igual á la que mi hermana ha llevado en dote, nadie puede tacharme de ambicioso. Quiero, pues, quinientas mil pesetas, y se me darán ó nos oirán los sordos.

—¡Qué tiene eso que hacer! exclamó desdeñosamente la marquesa.

—Vamos, madre mía, dijo Gaston; no se hable más del asunto.

Y volviéndose en seguida hacia Timoleon, añadió el marido de Laura:

—Es V. muy dueño de hacer valer sus derechos, caballero; mas no es á nosotros á quienes toca el juzgarlos. Permítame V., no obstante, que me sorprenda un poco de lo que acabo de oírle, puesto que los principios que V. profesa, así como su apostolado, anunciaban un poco más de desinterés.

—¡Bah! repuso Timoleon; ya pasó el tiempo en que los apóstoles caminaban descalzos cuando iban á conquistar el mundo. En la era actual el

oro es una palanca, y yo faltaria á mi apostolado si no reclamara la riqueza que me pertenece.

A esta razon abrióse la puerta de la estancia y M. Levrault penetró en ella, pálido, con el semblante descompuesto y llevando una carta en la mano.

—¡Estoy arruinado! exclamó con voz llorosa.

—¡Arruinado! repitieron á la vez Timoleon, Laura y la marquesa.

—Enteramente arruinado y sin recursos de ningun género, dijo M. Levrault, dejándose caer sobre una butaca.

—En ese caso, caballero, le dijo Gaston, disponga V. del dote de su hija.

—¡Del dote de mi hija! ¡Ah! Lea V. esta carta que acabo de recibir hace un momento.

El dote de Laura acababa de naufragar en una bancarrota.

—Ya no me resta otra cosa que ofrecer á ustedes, continuó el ex-mercader, que la hospitalidad en el castillo Levrault.

—¡Y mis cien mil escudos! exclamó Timoleon con voz estentórea. ¡Condenacion eterna! El destino se encarniza en mí de la manera más despiadada: ¡naufragar á la vista del puerto! ¡Verme arruinado antes de haber disfrutado de nada!... Pero... es imposible que hable V. seriamente; no puede ser que se halle V. completamente arruinado. ¿De veras no le queda á V. alguna cosa?

—Absolutamente nada más que un castillo ruinoso en Bretaña, en el cual ofrezco á todos ustedes un asilo.

—¡Ir yo á Bretaña! ¡Vivir en un semillero de aristócratas! eso jamás, exclamó Timoleon. Solon Marche-Toujours, prosiguió gravemente, va á ponerse otra vez en camino. Puesto que V. no puede ya darme cien mil escudos para enseñar pacíficamente la verdad social, vuelvo á agarrar mi fusil, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga: no ha de faltarme un sitio en la mesa y bajo el techo de mis hermanos.

Ocho dias despues, Laura y Gaston, M. Levrault y la marquesa, partieron en la diligencia Laffitte y Caillard. Laura no tenia ya el título que habia querido comprar con su dote; Gaston no poseia ya la riqueza que habia pagado con su nombre.